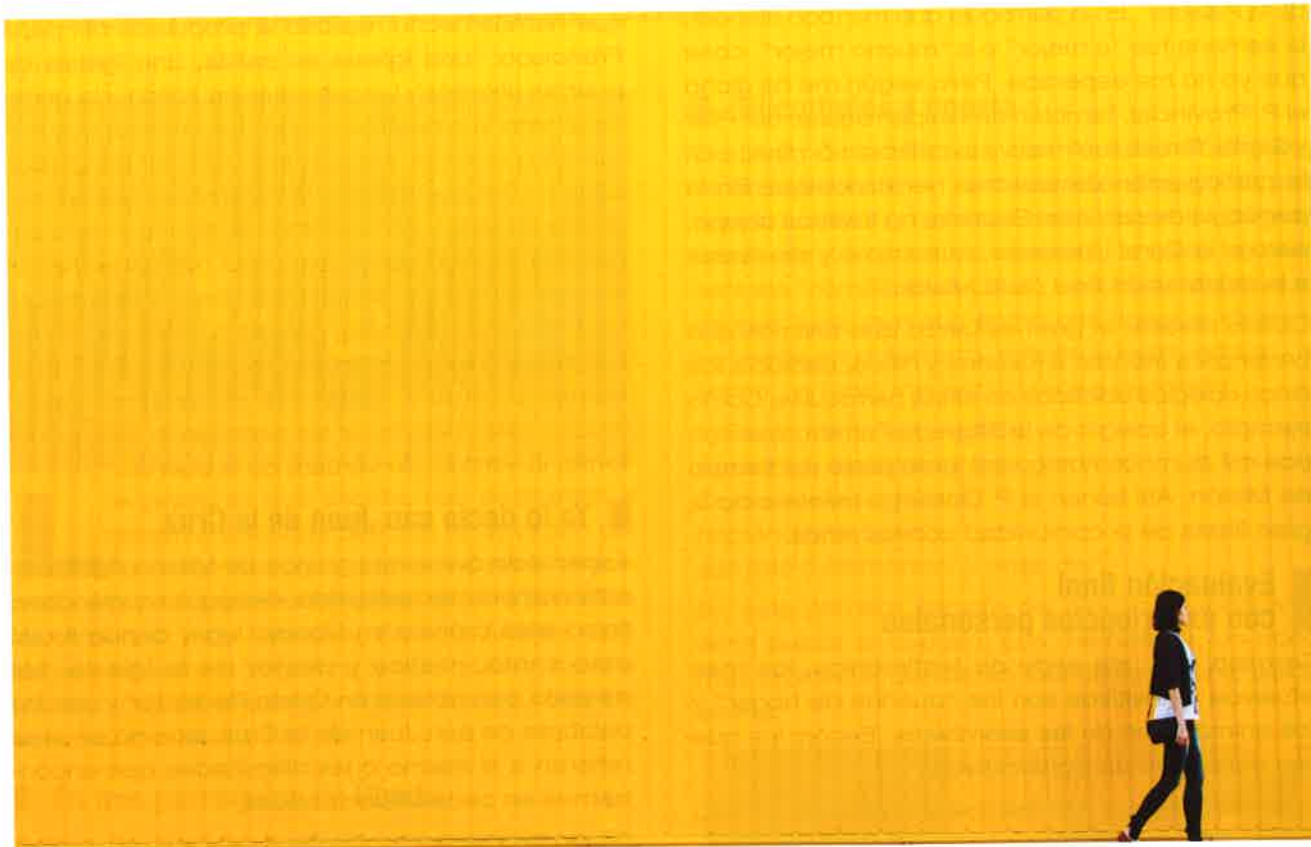




Tersi Castro Pérez

Laica oblata y trabajadora social (Tenerife)

Caminando juntas



Son muchos años los que han pasado desde que me acerqué a las oblatas, para descubrir quiénes eran, qué hacían y por qué lo hacían.

Lo primero fue el nombre: ¿qué significaba oblatas? Recuerdo que cuando se lo pregunté a una oblata, me dijo: “Viene de oblación”, que para ella era una entrega desde el amor, una entrega incondicional, desde la disponibilidad total.

“Venid y lo veréis”, y a la tarea que me puse

La siguiente pregunta que me hice fue: ¿por qué trabajan con la mujer prostituida y qué es lo que hacen? Ante esto resonó aquella invitación que Jesús hizo a los apóstoles: “Venid y lo veréis”, y a la tarea que me puse.

Comencé a leer y releer el Evangelio, la bibliografía propia de la congregación y a ver cómo era el día a día con aquella realidad en la que yo, según lo

que me habían inculcado, solo veía el incumplimiento del sexto mandamiento. El tiempo y el esfuerzo dieron sus frutos. Se produjo el cambio sobre esta realidad y empecé a descubrir que, lo que las oblatas hacían y cómo lo hacían, no era otra cosa que vivir el Evangelio de Jesús, hacerlo vida. Y, también, descubrí momentos cotidianos, momentos que pensaba que podían ser similares a los que inspiraron fragmentos del Evangelio como Jn 4, Jn 8,11; Mt 21,31-32, etc.

La importancia de las mujeres en mi vida

Poco a poco, fui descubriendo la importancia que la vida de las mujeres tenía en mi vida. Cómo aquellas historias de sufrimiento y dolor, que ellas vivían, a mí también me hacían sufrir y me dolían, pero a la vez me llevaban a comprometerme cada vez más con ellas. Surgieron en mí sentimientos de misericordia y la necesidad de optar por caminar al lado de ellas, para vislumbrar juntas un futuro



diferente: el poder caminar con la cabeza alta y el ir superándonos cada día; de que se creyeran con posibilidades de conseguir sus sueños, porque no están solas, porque hay mujeres y hombres que caminamos a su lado, alentados por el espíritu e invitados por el Dios de la misericordia, y que con nuestra respuesta y entrega a ellas formamos la familia oblata.

Hoy, ese sentido de pertenencia me lleva y me empuja a vivir en medio de una realidad que viven

muchas mujeres en prostitución y en las que nos encontramos, muchas veces, con mujeres víctimas de trata de seres humanos con fines de explotación sexual. Esta perspectiva me implica, pero me siento enviada para acoger, para estar cerca de ellas, respetando su diversidad e identidad, confiando en ellas y en sus posibilidades, creyendo en todas las cosas buenas que poseen, comprometiéndome con ellas día a día y dando a conocer lo que es y lo que no es la prostitución, y denunciando las injusticias y desigualdades sociales que contextualizan la realidad que viven.

■ Formarme para seguir ayudando

Pertenecer a la familia oblata también me compromete a ser consciente de que es necesario formarme como persona y como profesional del ámbito social, para poder seguir comprometida en la lucha contra la violencia a las mujeres y acompañarlas en lo que necesitan, ofreciéndoles respuestas a sus necesidades en los momentos vitales en los que se encuentran.

**Las historias de sufrimiento y dolor
que ellas vivían me llevaban a
comprometerme cada vez más con
ellas, acompañándolas y luchando
contra la violencia**

